

altivos, que no se doblegan sonriendo cobardemente ante una palabra mía; gusto de ver bullir la sangre impetuosa del que no quiere ser domado ni aun por el pensamiento de otro hombre; me cautivan los que hacen alarde de una independencia intransigente y enérgica, por lo cual asisto con júbilo á la guerra de España. Pienso ahora internarme en el país y unirme á los guerrilleros. Esos generales que no saben leer ni escribir y que eran ayer arrieros, taberneros y mozos de labranza, exaltan mi admiración hasta lo sumo. He estado en academias militares, y aborrezco á los pedantes que han prostituído y afeminado el arte salvaje de la guerra, reduciéndolo á reglas necias, y decorándose á sí mismos con plumas y colorines para disimular su nulidad. ¿Ha militado usted á las órdenes de algún guerrillero? ¿Conoce usted al Empecinado, á Mina, á Tabuena, á Porlier? ¿Cómo son? ¿Cómo visten? Se me figura ver en ellos á los héroes de Atenas y del Lacio. Amigo mío, si no recuerdo mal, la señora Condesa dijo hace un momento que usted debía sus rápidos adelantamientos en la carrera de las armas á su propio mérito, pues sin el favor de nadie ha adquirido un honroso puesto en la milicia. ¡Oh, caballero! Usted me interesa vivamente; usted será mi amigo, quiéralo ó no. Adoro á los hombres que no han recibido nada de la suerte ni de la cuna, y que luchan contra este oleaje. Seremos muy amigos. ¿Está usted de guarnición en la Isla? Pues venga á vivir á mi casa siempre que pase á Cádiz. ¿En dónde re-

síde usted para ir á visitarle todos los días...?

Sin atreverme á rechazar tan vehementes pruebas de benevolencia, me excusé como pude.

—Hoy, caballero—añadió,—es preciso que venga usted á comer conmigo. No admito excusas. Señora Condesa, usted me presentó á este caballero. Si me desaira, cuente usted como que ha recibido la ofensa.

—Creo—dijo la Condesa,—que ambos se congratularán bien pronto de haber entablado amistad.

—Milord, estoy á la orden de usted,—dije levantándome cuando él se disponía á partir.

Y después de despedirnos de las dos damas, salí con el inglés. Creí que me llevaba el Demonio.

IV

Lord Gray vivía cerca de las Barquillas de Lope. Su casa, demasiado grande para un hombre solo, estaba en gran parte vacía. Servíanle varios criados, españoles todos, á excepción del ayuda de cámara, que era inglés.

Dábase trato de príncipe en la comida, y durante toda ella no tenían momento de sosiego los vasos, llenos con la mejor sangre de las cepas de Montilla, Jerez y Sanlúcar.

Durante la comida no hablamos más que de la guerra, y después, cuando los generosos vi-

nos de Andalucía hicieron su efecto en la insignie cabeza del Mister, se empeñó en darme lecciones de esgrima. Era gran tirador, según observé á los primeros golpes; y como yo no poseía en tan alto grado los secretos del arte, y él no tenía entonces en su cerebro todo aquel buen asiento y equilibrio que indican una organización educada en la sobriedad, jugaba con gran pesadez de brazo, haciéndome más daño del que correspondía á un simple entretenimiento.

—Suplico á Milord que no se entusiasme demasiado—dije conteniendo sus bríos.—Me ha desarmado ya repetidas veces para gozarse como un niño en darme estocadas á fondo que no puedo parar. ¡Ese botón está mal y puedo ser atravesado fácilmente!

—Así es como se aprende—repuso.—O no he de poder nada, ó será usted un consumado tirador.

Después que nos batimos á satisfacción, y cuando se despejaron un tanto las densas nubes que oscurecían y turbaban su entendimiento, me marché á la Isla, á donde me acompañó, deseoso, según dijo, de visitar nuestro campamento. En los días sucesivos casi ninguno dejó de visitarme. Su afabilidad me contrariaba, y cuanto más le aborrecía, más desarmaba él mi cólera á fuerza de atenciones. Mis respuestas bruscas, mi mal humor y la terquedad con que le rebatía, lejos de enemistarle conmigo, apretaban más los lazos de aquella simpatía que desde el primer día me manifestó; y al fin no puedo negar que me

sentía inclinado hacia hombre tan raro, verificándose el fenómeno de considerar en él como dos personas distintas y un solo Lord Gray verdadero; dos personas, sí: una aborrecida y otra amada; pero de tal manera confundidas, que me era imposible deslindar dónde empezaba el amigo y dónde acababa el rival.

Erale sumamente agradable estar en mi compañía y en la de los demás oficiales mis camaradas. Durante las operaciones nos seguía armado de fusil, sable y pistolas, y en los ratos de vagar iba con nosotros á los ventorrillos de Cortadura ó Matagorda, donde nos obsequiaba de un modo espléndido con todo lo que podían dar de sí aquellos establecimientos. Más de una vez se hizo acompañar, al venir desde Cádiz, por dos ó tres calesas cargadas con las más ricas provisiones que por entonces traían los buques ingleses y los costeros del Condado y Algeciras; y en cierta ocasión en que no podíamos salir de las trincheras del puente Suazo, transportó allá con rapidez, parecida á la de los tiempos que después han venido, al Sr. Poenco con toda su tienda y bártulos, con todo séquito mujeril y guitaril, para improvisar una fiesta.

A los quince días de estos rumbos y generosidades, no había en la Isla quien no conociese á Lord Gray; y como entonces estábamos en buenas relaciones con la Gran Bretaña y se cantaba aquello de

La trompeta de la Gloria
Dice al mundo *Velintón...*

(lo mismo que está escrito), nuestro Mister era popularísimo en toda la extensión que inunda con sus canales el caño de Sancti-Petri.

Su mayor confianza era conmigo; pero debo indicar aquí una circunstancia que á todos llamará la atención, y es que aunque repetidas veces procuré sondear su ánimo en el asunto que más me interesaba, jamás pude conseguirlo. Hablábamos de amores; nombraba yo la casa y la familia de Inés, y él, volviéndose taciturno, mudaba la conversación. No obstante, yo sabía que visitaba todas las noches á Doña María; pero su reserva en este punto era sepulcral. Sólo una vez dejó traslucir algo, y voy á decir cómo.

Durante muchos días estuve sin poder ir á Cádiz, á causa de los quehaceres del servicio, y esta esclavitud me daba tanto fastidio como pesadumbre. Recibía algunas esquelas de la Condesa suplicándome que pasase á verla, y yo me desesperaba no pudiendo acudir. Al fin logré una licencia á principios de Marzo, y corrí á Cádiz. Lord Gray y yo atravesamos la Cortadura precisamente el día del furioso temporal que por muchos años dejó memoria en los gaditanos de aquel tiempo. Las olas de fuera, agitadas por el Levante, saltaban por encima del estrecho istmo para abrazarse con las olas de la bahía. Los bancos de arena eran arrastrados y deshechos, desfigurando la angosta playa; el horroroso viento se llevaba todo en sus alas veloces, y su ruido nos permitía formar idea de las mil trompetas

del juicio tocadas por los ángeles de la justicia. Veinte buques mercantes y algunos navíos de guerra españoles é ingleses estrelláronse aquel día contra la costa de Poniente; y en el placer de Rota, la Puntilla y las rocas donde se cimenta el castillo de Santa Catalina aparecieron luego muchos cadáveres, y los despojos de los cascos rotos, así como de las jarcias y árboles deshechos.

Lord Gray, contemplando por el camino tan gran desolación, el furor del viento, los horrores del revuelto cielo, ora negro, ora iluminado por la siniestra amarillez de los relámpagos, la agitación de las olas verdosas y turbias en cuyas cúspides relucientes como filos de cuchillos se alcanzaban á ver restos de alguna nave que se hundía luego en los cóncavos senos para reaparecer después; contemplando Lord Gray, repito, aquel desorden, no menos admirable que la armonía de lo creado, aspiraba con delicia el aire húmedo de la tempestad y me decía:

—¡Cuán grato es á mi alma este espectáculo! Mi vida se centuplica ante esta fiesta sublime de la Naturaleza, y se regocija de haber salido de la nada, tomando la execrable forma que hoy tiene. Para esto te han criado, ¡oh mar! Escupe las naves comerciantes que te profanan, y prohíbe la entrada en tus dominios al sórdido mercachifle, ávido de oro, saqueador de los pueblos inocentes que no se han corrompido todavía y adoran á Dios en el ara de los bosques. Este ruido de invisibles montañas que ruedan por los espacios, cho-

cándose y redondeándose como los guijos que arrastra un río; estas lenguazas de fuego que lamen el cielo y llegan á tocar el mar con sus afiladas puntas; este cielo que se revuelca desesperado; este mar que anhela ser cielo, abandonando su lecho eterno para volar; este hálito que nos arrastra, esta confusión armoniosa, esta música, amigo, y ritmo sublime que lo llena todo, encontrando eco en nuestra alma, me extasían, me cautivan, y con fuerza irresistible me arrastran á confundirme con lo que veo... Esta alteración se repite en mi alma; esta rabia ó desesperado anhelo de salir de su centro, propiedad es también de mi alma; este rumor donde caben todos los rumores de cielo y tierra, há tiempo que también ensordece mi alma; este delirio en mi delirio, y este afán con que vuelan nubes y olas hacia un punto á que no llegan nunca, es mi propio afán.

Yo pensé que estaba loco; y cuando le ví bajar del calesín, acercarse á la playa é internarse por ella, hasta que el agua le cubrió las botas, corrí tras él lleno de zozobra temiendo que en su enajenación se arrojase, como había dicho, en medio de las olas.

—Milord—le dije,—volvámonos al coche, pues no hay para qué convertirse ahora en ola ni en nube, como usted desea, y sigamos hacia Cádiz, que para agua bastante tenemos con la que llueve, y para viento, harto nos azota por el camino.

Pero él no me hacía caso, y empezó á gritar en su lengua. El calesero, que era muy

pillo, hizo gestos significativos para indicar que Lord Gray había abusado del Montilla; pero á mí me constaba que no lo había probado aquel día.

—Quiero nadar,—dijo lacónicamente el inglés, haciendo ademán de desnudarse.

Y al punto forcejeamos con él el calesero y yo, pues aunque sabíamos que era gran nadador, en aquel sitio y hora no habría resistido diez minutos dentro del agua. Al fin le convencimos de su locura, haciéndole volver á la calesa.

—Contenta se pondría, Milord, la señora de sus pensamientos si le viera á usted con inclinaciones á matarse desde que suena un trueno.

Lord Gray rompió á reír jovialmente, y cambiando de aspecto y tono, dijo:

—Calesero, apresura el paso que deseo llegar pronto á Cádiz.

—El lamparín no quiere andar.

—¿Qué lamparín?

—El caballo. Le han salido callos en la jerraura. ¡Ay sé! Este caballo es muy respetoso.

—¿Por qué?

—Muy respetoso con los amigos. Cuando se ve con Pelaítas, se hacen cortesías y se preguntan cómo ha ido de viaje.

—¿Quién es Pelaítas?

—El violín del Sr. Poenco. ¡Ay sé! Si usted le dice á mi caballo: «vas á descansar en casa de Poenco, mientras tu amo come una aceituna y bebe un par de copas,» correrá tanto que tendremos que darle palos para que pare,

no sea que con la fuerza del golpe abra un boquete en la muralla de Puerta Tierra.

Gray prometió al calesero refrescarle en casa de Poenco; y al oír esto, ¡parecía mentira! el lamparín avivó el paso.

—Pronto llegaremos—dijo el inglés.—No sé por qué el hombre no ha inventado algo para correr tanto como el viento.

—En Cádiz le aguarda á usted una muchacha bonita. No una, muchas tal vez.

—Una sola. Las demás no valen nada. Señor de Araceli... Su alma es grande como el mar. Nadie lo sabe más que yo, porque en apariencia es una florecita humilde que vive casi á escondidas dentro del jardín. Yo la descubrí, y encontré en ella lo que hombre alguno supo encontrar. Para mí solo, pues, relampaguean los rayos de sus ojos y braman las tempestades de su pecho... Está rodeada de misterios encantadores, y las imposibilidades que la cercan y guardan como cárceles inaccesibles, más estimulan mi amor... Separados nos oscurecemos; pero juntos llenamos todo lo creado con las deslumbradoras claridades de nuestro pensamiento.

Si mi conciencia no dominara casi siempre en mí los arrebatos de la pasión, habría cogido á Lord Gray y le habría arrojado al mar... Hícele luego mil preguntas, dí vueltas y giros sobre el mismo tema para provocar su locuacidad, nombré á innumerables personas; pero no me fué posible sacarle una palabra más. Después de dejarme entrever un rayo de su felicidad, calló, y su boca cerróse como una tumba.

—¿Es usted feliz?—le dije al fin.

—En este momento sí,—respondió.

Sentí de nuevo impulsos de arrojarle al mar.

—Lord Gray—exclamé subitamente,—¿vamos á nadar?

—¡Oh! ¿Qué es eso? ¿Usted también?

—¡Sí, arrojémonos al agual! Me pasa á mí algo de lo que á usted pasaba antes. Se me antoja nadar.

—Está loco—contestó riendo y abrazándome.—No, no permito yo que tan buen amigo perezca por una temeridad. La vida es hermosa, y quien pensase lo contrario, es un imbécil. Ya llegamos á Cádiz. Tío Hígados, eche aceite á la lamparilla, que ya estamos cerca de la taberna de Poenco.

Al anoecer llegamos á Cádiz. Lord Gray me llevó á su casa, donde nos mudamos de ropa y cenamos después. Debíamos ir á la tertulia de Doña Flora, y mientras llegaba la hora, mi amigo, que quise que no, hubo de darme nuevas lecciones de esgrima. Con estos juegos, iba, sin pensarlo, adestrándome en un arte en el cual poco antes carecía de habilidad consumada, y aquella tarde tuve la suerte de probar la sabiduría de mi maestro dándole una estocada á fondo con tan buen empuje y limpieza, que á no tener botón el estoque, hubiéralo atravesado de parte á parte.

—¡Oh, amigo Araceli!—exclamó Lord Gray con asombro.—Usted adelanta mucho. Ten-

dremos aquí un espadachín temible. Luego tira usted con mucha rabia...

En efecto, yo tiraba con rabia, con verdadero afán de acribillarle.

V

Por la noche fuimos á casa de Doña Flora; pero Lord Gray á poco de llegar despidióse, diciendo que volvería. La sala estaba bien iluminada, pero aún no muy llena de gente, por ser temprano. En un gabinete inmediato aguardaban las mesas de juego el dinero de los apasionados tertuliantes, y más adentro tres ó cuatro desaforadas bandejas llenas de dulces nos prometían agradable refrigerio para cuando todo acabase. Había pocas damas, por ser costumbre en los saraos de Doña Flora que descollasen los hombres, no acompañados por lo general más que de una media docena de bellidades venerables del siglo anterior, que cual castillos gloriosos, pero ya inútiles, no pretendían ser conquistables ni conquistadas. Amaranta representaba sola la juventud unida á la hermosura.

Saludaba yo á la Condesa, cuando se me acercó Doña Flora, y pellizcándome bonitamente con todo disimulo el brazo por punto cercano al codo, me dijo:

—Se está usted portando, caballero. ¡Casi

un mes sin parecer por aquí! Ya sé que se divirtió usted en el Puente de Suazo con las buenas piezas que llevó allí el Sr. Poenco hace ocho días... ¡Bonita conducta! Yo empeñada en apartarle á usted del camino de la perdición, y usted cada vez más inclinado á seguir por él... Ya se sabe que la juventud ha de tener sus trapicheos; pero los muchachos decentes y bien nacidos desfogan sus pasiones con compostura, antes buscando el trato honesto de personas graves y juiciosas que el de la gentezuela maja y tabernaria.

La Condesa afectó estar conforme con la reprimenda, y la repitió, dándola más fuerza con sus irónicos donaires. Después, ablandándose Doña Flora y llevándome adentro, me dió á probar de unos dulces finísimos que no se repartían sino entre los amigos de confianza. Cuando volvimos á la sala, Amaranta me dijo:

—Desde que Doña María y la Marquesa decidieron que no viniera Inés, parece que falta algo en esta tertulia.

—Aquí no hacen falta niñas, y menos la Condesa de Rumblar, que con sus remilgos impedía toda diversión. Nadie se había de acercar á la niña, ni hablar con la niña, ni bailar con la niña, ni dar un dulce á la niña. Dejémonos de niñas: hombres, hombres quiero en mi tertulia; literatos que lean versos; currutacos que sepan de corrido las modas de París; diaristas que nos cuenten todo lo escrito en tres meses por las *Gacetas* de Amberes, Londres, Augsburgo y Rotterdam; generales que nos hablen de las batallas que se van á